

CHABOLISMO CENTRICO EN MADRID

TRES minutos escasos se tarda en recorrer a pie los doscientos metros que separan la madrileña calle de Alcalá del centro del barrio de Bilbao, donde, dispersas en varios núcleos más o menos disimulados, se encuentran más de mil chabolas con otras tantas familias. Frente a los bloques modernos recién construidos están las casas bajas hechas de remiendos y las entradas angostas de los patios comunes, camufladas unas veces por los muros y la cal, y al descubierta otras, detrás de las empalizadas de madera.

El barrio, en conjunto, se puede considerar como un verdadero símbolo de lo que la especulación del suelo ha conseguido en Madrid. La mezcla increíble entre las chabolas y los pisos vendidos a dos millones de pesetas, la escasez de servicios públicos, la no urbanización de muchas de las calles... La culminación del caos urbanístico se alcanza en algunos casos: un edificio, construido hace algunos años en una extraña posición, no figura en ningún plano ni posee permiso alguno; el constructor ha desaparecido, y los vecinos, que se encuentran ante la puerta principal, clausurada, salen «ilegalmente» por una puercecilla contigua...

El origen de las chabolas se remonta a los años anteriores a la guerra civil, cuando comenzó el auge de la inmigración del campo a la ciudad. En años posteriores, el número de chabolistas se fue engrosando, pero, en general, la edad media de las chabolas es muy alta: entre treinta y cuarenta años. Dos inundaciones sucesivas destruyeron en gran parte estas casas del barrio, en 1946 y 1958. Pero tras cada una de ellas, la imposibilidad de otra salida obligó a sus habitantes a reconstruirlas de nuevo.

Después de muchos años de vivir en estas casas inhabitables, los vecinos comenzaron a unificar sus actuaciones y a movilizarse para conseguir una vivienda digna. Primero fueron los de la llamada parte alta, el núcleo comprendido entre las calles de Ascao, Emilio Ferrari, Achuri y José Félix Codina; luego, los de la «parte baja», los que viven entre Ezequiel Solana, las avenidas de Trueba y Daroca y la calle Francisco Villaespesa. En ambos casos, la movilización adoptó fórmulas parecidas: un grupo de vecinos más decididos visitaron a los demás casa por casa, firmando

cartas a las autoridades, haciendo pequeñas reuniones y eligiendo después espontáneamente a sus representantes.

A partir de entonces comenzaron las gestiones colectivas para conseguir viviendas adecuadas, y las cartas y las peticiones masivas sustituyeron a las cartas individuales de las familias más necesitadas que habían resultado ineficaces, a pesar de su patetismo.

Los vecinos fueron conociendo poco a poco los increíbles caminos

de «dicación del chabolismo». Siempre, sus cartas e informes fueron archivados.

La mayor parte de las veces, ambos grupos de chabolas del barrio actuaron por separado, y esto, lógicamente, quitó fuerza a sus gestiones. Sólo en una ocasión, en noviembre de 1973, representantes de ambos núcleos tuvieron una entrevista común con el director general de la Vivienda, quien les prometió que serían para ellos las 200 viviendas que tenía COPLACO,

reunión común el pasado domingo 13 de abril.

Y, sin embargo, los problemas eran comunes, las dilaciones y aplazamientos se eternizaban, las promesas eran olvidadas tras cada cambio de los titulares de los cargos, muy frecuentes, por desgracia, en los últimos tiempos; las 200 viviendas de COPLACO se esfumaron así y las de Canillejas ni siquiera se han comenzado a construir.

La situación, por otra parte, alcanza un carácter grave. Porque, según un informe realizado por varios médicos con el visto bueno de su colegio oficial, los chabolistas padecían ciertas enfermedades en porcentajes mucho más altos que la mayoría de la población española. Las afecciones respiratorias eran agudas o crónicas en la mayoría de los casos, con alto número de bronquitis, reacciones asmáticas, etcétera. Abundaban también las enfermedades reumáticas, como lumbago, artrosis, etcétera; alcanzándose en los mayores de cincuenta años un porcentaje del 51 por 100 que padece este tipo de afecciones con carácter crónico. Y asimismo eran excesivamente numerosos los casos de enfermedades gastrointestinales agudas y afecciones cutáneas.

Las causas señaladas por dicho informe médico eran básicamente el hacinamiento, la falta de higiene por escasez de agua, las malas condiciones de las viviendas para proteger de la humedad y del frío, y las insuficiencias de la medicina preventiva y la asistencia médica en el barrio.

Estas conclusiones coinciden exactamente con los datos proporcionados por otro informe elaborado por varios arquitectos, donde encontramos que en cada chabola vive una media de 4,35 miembros, y que esto, combinado con una media de extensión por vivienda de 20,1 metros cuadrados, daba 1,45 personas por pieza, entendiéndose en este concepto incluso espacios que servían de pasillo interior. Sólo un 19 por 100 de las chabolas tiene agua corriente, sirviéndose el resto de fuentes públicas instaladas en la calle, y el 89 por 100 no dispone de WC, teniendo que utilizar para varias familias una letrina sin ventilación, que funciona por el sistema de los pozos negros. Finalmente, sólo un 2,2 por 100 de las viviendas tiene lavabo, y la inmensa mayoría está construida con materiales de desecho en muy malas condiciones.

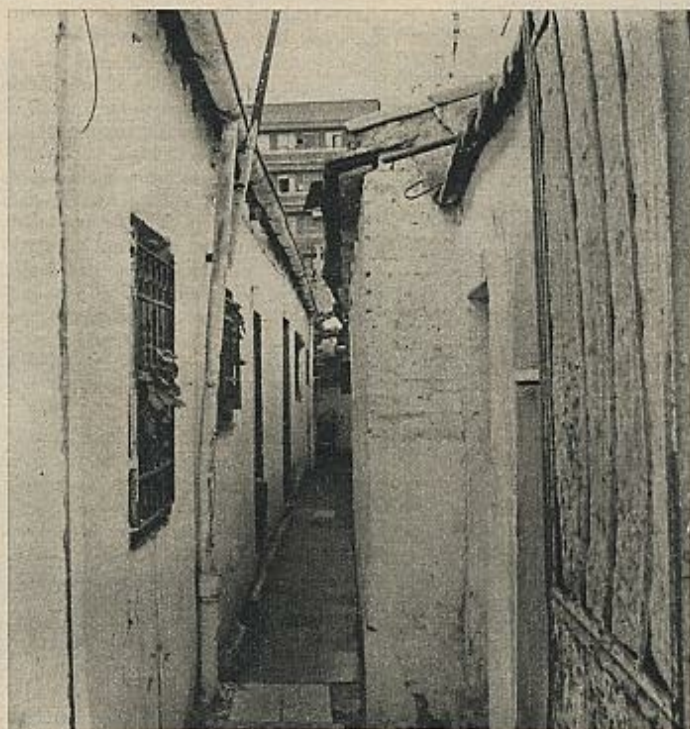
Enrique Bustamante

de la burocracia española: visitaron repetidamente a los directores generales del Ministerio de la Vivienda, fueron a la Gerencia de Urbanismo, intentaron ver al alcalde (sin resultados), hablaron con Enrique Villoria, enviaron informes y peticiones a todos los organismos. Intentaron, en fin, todos los caminos legales.

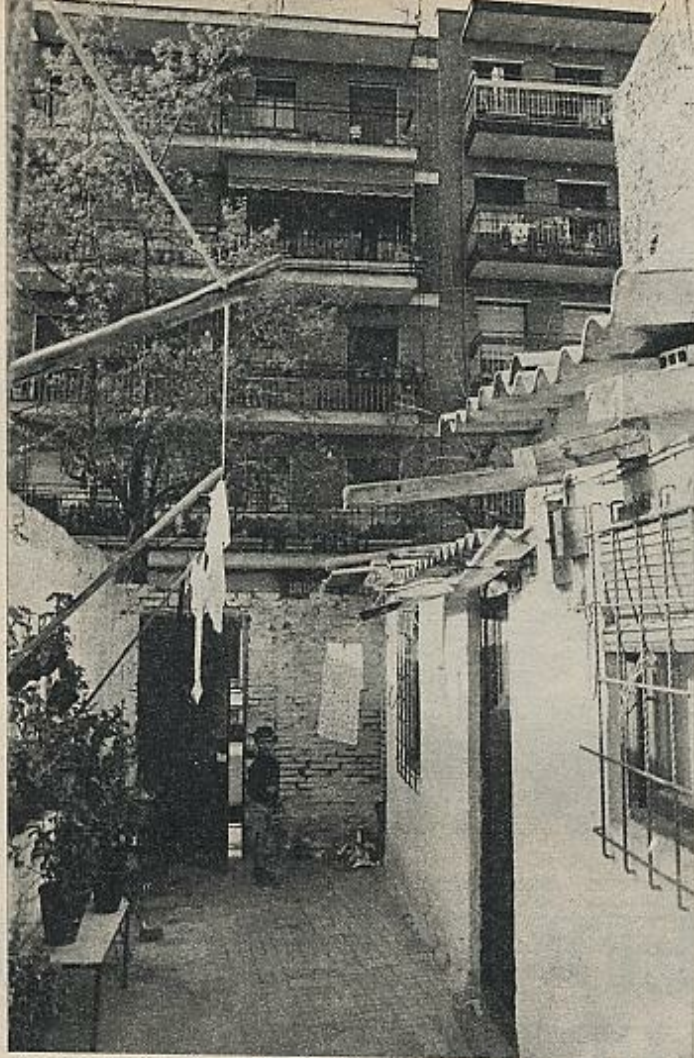
En unos sitios sólo pudieron ver a los secretarios de los responsables; en general, les recibieron con indiferencia o dilaciones interminables, y, cuanto más, lograron vagas promesas de que se les daría «prioridad en las actuaciones futuras del Ministerio para la erra-

ción y las 480 que se iban a construir en el lugar de la UVA de Canillejas.

Pero para esta falta de unidad intervinieron muchos factores: estaban los prejuicios, los malentendidos, la existencia de una asociación de cabezas de familia, cuyos directivos mantenían inmejorables relaciones con el Ministerio... Pero el factor fundamental sigue siendo las dificultades de reunirse y decidir juntos; como cuando, en el pasado mes de noviembre, intentaron una reunión conjunta en una iglesia que fue prohibida por la autoridad gubernativa, o la reciente prohibición de otra



Una población de más de cinco mil personas, encadenada irremediablemente a estas condiciones de vida y desilusionada de las promesas oficiales.



Afecciones respiratorias agudas y crónicas, enfermedades reumáticas y gastrointestinales, afecciones cutáneas; según un informe médico, los chabolistas padecen ciertas enfermedades en porcentajes mucho más altos que la mayoría de la población española.

Estas cifras, sin embargo, no logran aún reflejar algunas realidades. En una chabola de dos pequeñas piezas vive, por ejemplo, un matrimonio con diez hijos. Varios de ellos duermen sobre unas tablas suspendidas cerca del techo, a las que suben por una mesa, y la puerta de un armario. Hace dos meses, uno de los hijos, de dos años de edad, se partió una pierna en uno de estos arriesgados ejercicios. El techo de la casa está hundido y amenaza ruina, pero no pueden arreglarlo so pena de verse expulsados por el casero.

En otra «vivienda», una mujer y su hijo, de veinticuatro años de edad, duermen en la única y reducida pieza de que disponen.

Estos casos no son una excepción, porque, como dice el informe de los arquitectos, «no es necesario recalcar los problemas higiénicos, psicológicos y morales que semejante hacinamiento produce. Es cosa frecuente que en una misma habitación tengan que dormir los padres con dos o más hijos mayores de distintos sexos. Y se puede considerar, pues, que el umbral de privacidad es bajísimo, casi inexistente».

Y se dan otro tipo de problemas

eventuales no menos graves: por ejemplo, el que sufrió durante dos meses del pasado verano un grupo de chabolas que no disponen de agua corriente, al cortarse la única fuente de la calle.

Parece innecesario insistir en la amargura de una población de más de cinco mil personas encadenada irremediablemente a estas condiciones de vida, enfrentada continuamente al contraste de las «casas altas» y desilusionada de las promesas oficiales.

Y resulta paradójico que, viviendo una realidad fruto de la irracionalidad y de la especulación, la población de ese barrio de chabolas tenga que pensar que su desgracia estriba, precisamente, en vivir en gran parte sobre terreno no edificable, que va a ser expropiado algún día para calles y autopistas, y que mejor les hubiera ido si los especuladores del suelo hubieran podido meter mano en el asunto.

Pero, en definitiva, se trata de una muestra del fracaso del Plan de Erradicación del Chabolismo de 1973, que ha visto sus metas aplazadas hasta el infinito y desmentidas por los incrementos del chabolismo en todo el territorio nacional. ■

